

---

# Bolívar en la calle

EARLE HERRERA

---

“Más abajo pisó Bolívar y libertó cinco naciones”. Así es. No tuvo que pisar a nadie para ser Libertador. Y la gente del pueblo, que tiene más cerca un Bolívar espiritual que todos los de bronce, trae el recuerdo del héroe ante el pisotón involuntario pero igualmente molesto. Es el Bolívar de la gente sencilla, acaso irredenta, pero que nunca pierde el sentido del humor.

Hay por las calles un Simón Bolívar familiar, capaz de prestarle su nombre a una humilde barbería, a una bodega o una botica de pueblo. Allí no hay ofensa a su gloria porque no hay intención de ofender sino de enaltecer. Y se le pone su nombre a lo poco que se tiene. Quienes pueden, lo ponen de homónimo de aeropuertos, institutos o carrera de caballos, como es el caso del famoso clásico “Simón Bolívar”, en el que corren los millones precisamente de bolívares y las apuestas clandestinas.

El coplero popular lo recuerda en sus décimas: “viva Páez, viva Bolívar/, viva la Federación/, que libertó con su espada/ al Perú y al Ecuador . . .”. El gaitero en sus composiciones: “Bolívar su obra maestra/ varón entre los varones/ que en maravillosa gesta/ libertó cinco naciones”. Y así por las calles de Venezuela, el nombre del Padre de la Patria fluye con la mayor naturalidad, sin la grandilocuencia de los salones ni el apergaminamiento de los protocolos. Es el Bolívar de a caballo, hombre de carne y hueso (materia para ellos) sino al espíritu. Y ese extraño Bolívar convertido en santo seguirá en los altares, al lado de un Jesús que combatió también la superstición y de una María Lionza venida de una leyenda que se apoderó de la realidad de mucha gente, tanto, que mereció una estatua en la autopista Francisco Fajardo y todos los días amanece obsequiada de flores.



Calé abajo, camino del Malecón, hay una sastrería que ostenta el nombre del Libertador; más allá lo lleva una tienda, luego una ferretería. ¡Vaya!, es que estamos en la calle Bolívar y cada quien se disputa el nombre del héroe. Así, más o menos, sucede en casi todos los pueblos. Se trata de un tributo sencillo, sin aspavientos, de la manera más natural.

Los abuelos nos contaban anécdotas del Libertador, muchas de ellas productos de la imaginación popular, corridas de boca en boca, de generación en generación y que, a veces, nos llegamos a creer, pero cuando las buscábamos en los libros de la historia oficial jamás las encontrábamos. ¿Qué pasó?, nos preguntábamos, ¿por qué tal episodio no aparece aquí?. Y nos quedaba una especie de laguna en nuestra alma escolar. Sentíamos que algo faltaba en esos libros. Intuíamos un escámoteo. Y es que nadie ha estudiado seriamente a ese otro Bolívar, el que va de la mano y la imaginación del hombre de la calle.

Vinieron otros tiempos y otras costumbres y el Libertador volvió a las calles. Una juventud confusa, idealista e inconforme; otra, atropellada por las fuerzas del orden en sus liceos, hicieron aparecer su nombre en las paredes y muros de las ciudades, en uno como un último grito: ¡Auxilio, Bolívar, matan a tus hijos!.

Era impactante la consigna. Ya no había a quien pedirle y esa juventud, a la que se se creía escéptica de todo, recurrió a quien, según ella, era el único que podía salvarla. Al Libertador.

En este año Bicentenario del nacimiento del más grande hombre de América, entre escándalos de corrupción administrativa, crisis económica, desempleo, rancherías y demagogia, un Bolívar recibirá honores en el bronce de las estatuas que lo soportan todo. Otro Bolívar, el auténtico, andará por las calles en boca de un pueblo que no pierde la esperanza. Un pueblo que ha aprendido a dialogar con el héroe con la mayor naturalidad. Y que en vez de champaña, le brindará un café caliente para el frío de los páramos. ■